

—Si no pueden entrar aquí los hombres ¿por qué entró usted? dijo uno á Pico.

—Porque soy de la compañía y tengo derecho.

—Nosotros también, porque somos amigos del empresario.

—¿Qué sucede? dijo el primer galán presentándose en medio de un compacto grupo que se había formado ya en la puerta del cuarto.

—Es el señor Pico, gritó una figurante, que está echando á los señores.

—¡Cómo se entiende! ¿á mis amigos?

—Es un hombre grosero, dijo uno de los calaveras, no es capaz de verme la cara fuera de aquí.

—En todas partes, dijo Pico.

El calavera valiente se acercó á Pico, para decirle al oído una de esas frases que no son para escritas.

Pico contestó categóricamente.

—¡Vamos, vamos, señores! dijo el empresario, calma, no hay que alborotar.

—Es que yo no encuentro justificable ni digno de un hombre decente, venir á faltar

al respeto á una señora, solo por el hecho de haberse presentado en escena. ¿Es acaso el teatro algún garito?

—Pico, suplico á usted que se modere, dijo el empresario.

—¿Qué sucede? preguntaban en los cuartos y por todas partes.

—Nada, qué ha de suceder, dijo una figurante, que la nueva ha venido á introducir el desorden.

—¿Quién es la escandalosa?

—La mujer de Pico.

—¡Vaya una *pécora*!

—¿Quién, la bonita?

—Sí, la misma.

—¿Pues si eso es la primera noche, qué se nos espera en lo sucesivo?

—Por ella no me he acabado de peinar.

—Invadieron el cuarto los hombres.

—¿Por qué no cerraste?

—Porque se metieron.

—Pero yo creo que ese señor Pico no es su marido.

—Sépallo Dios.

—Ella viene con él.

La comadre de Pico hablaba á la sazón con un señor de capa española, que estaba medio oculto tras de un bastidor.

La campanilla de prevención, vino á restablecer el orden en el foro, que iba convirtiéndose por momentos en una torre de Babel, en la que todos hablaban, pero sobre el mismo tema.

—Comadre, dijo Pico acercándose á la vieja figurante, no se separe usted de Isolina, y en el otro entreacto váyase usted con ella al cuarto del segundo galán, con quien ya me puse de acuerdo para que no deje entrar á nadie.

—No tenga usted cuidado, compadre, que no se volverá á repetir la escena anterior.

—Solo en usted fío, comadre.

—Y tiene usted razón, que yo sé muy bien guardar una prenda, y jure usted que Isolina es para mí ya una cosa sagrada.

Pico corrió para hundirse en las tablas y llegar pronto á la concha, porque ya iban á levantar el telón.

Siguió el segundo acto, en el cual Isolina tuvo necesidad de salir dos veces.

Los calaveras, sabiendo que Pico era el apuntador, se quedaron en el foro durante el acto, y á pesar de la vigilancia de la comadre de Pico, encontraron ocasión para hablar á Isolina.

—Es usted la mujer más linda que ha pisado el teatro.

—¿Es usted casada? le dijo otro.

—¡Ay! ¡qué bracitos tan redondos! le dijo otro al pasar.

Isolina se vió constantemente amagada por aquella nube de galanteadores de mal género; uno se le acercaba mucho bañándole con su aliento alcohólico; otro la pisaba suavemente un pié; el otro la espetaba una de esas flores que para una señora son un insulto; quien la convida á cenar, quien le ofrece un ponche, quien le pregunta donde vive, y todos, en fin, como si se hubiera tratado de un rey de burlas y no de una señora, le dirigieron palabras que la hicieron ruborizar, acabando por hacerla derra-

mar lágrimas de amargura y humillación.

—¡Qué horrible es el teatro! decía interiormente Isolina; debe ser esto un foco de corrupción, una sentina de vicios, cuando los hombres decentes se permiten pasar los límites de la decencia sin más antecedentes de mi persona, que el de figurar entre los comparsas.

—¿Qué serán entonces todas esas mujeres que me rodean? ¡Dios mío! dame fuerza para sufrir tanta humillación y tanta afrenta.

No le bastó á Isolina ni su dignidad, ni sus desdenes, ni sus severas respuestas para librarse de los calaveras; estos reían á cada contestación de Isolina y volvían á insistir en sus desvergonzadas pretensiones.

Terminó el segundo acto y al caer el telón la vieja cumplió su palabra, pero aquella fué una inútil precaución, pues los calaveras abandonaron el foro sabiendo que solo en los entreactos podían ser vigilados por Pico.

Solo el valiente permaneció allí, y cuando Pico pasó junto á él, le dijo algunas palabras en voz baja.

Pico entró al cuarto donde le esperaban Isolina y la comadre.

—Hemos hecho una barbaridad, exclamó Pico; bien hacía yo en resistirme tanto á que usted, Isolina, se presentara en las tablas.

—¡Yo no sabía lo que son las tablas! dijo Isolina con tono de profunda amargura.

—Usted no es para esto, y no volverá á suceder; yo trabajaré, que es lo que debe ser; pero usted, jamás!

—Si puede usted, compadre, hará usted muy bien, porque esto del teatro es muy penoso: á mí también me ha costado muchas lágrimas.

—Oiga usted, comadre, al terminar la pieza vuelve usted á venir á este cuarto, y aquí me esperan; podré tardarme un poco al acabar la función; pero no le hace, aquí me esperan.

Pico salió del cuarto y un momento después comenzó el tercer acto.

Apenas cayó el telón, Pico se sumió en la concha y salió al foro, buscó algo por to-

das partes, y cerca de la puerta de salida estaba el calavera valiente, quien al ver á Pico echó á andar y Pico le siguió.

En la puerta del teatro estaban los demás calaveras, quienes á su vez siguieron á Pico y á su contrario.

Cuando hubieron llegado á una calle solitaria, el calavera valiente se desató en denuestos é insultos contra Pico, quien midió con la vista el grupo y arremetió denodadamente contra su contrario.

Pico era nervioso y fuerte, y al segundo golpe su adversario había caído en tierra desangrándose de las narices.

Pico recibió por detrás un bastonazo y se lanzó entonces contra el grupo, emprendiendo denodada lucha contra el dueño del bastón hasta que logró quitárselo; entre tanto había recibido varios golpes en la cabeza, pero una vez dueño del palo, arremetió ciego de ira y con nuevo vigor contra los tres que lo agredían; acertó algunos golpes y recibió otros por la espalda; derribó á otro de sus adversarios, á quien asestó

un furibundo golpe en la cabeza; y defendiéndose y atacando con piés y manos iba ya á quedar completamente victorioso, cuando oyó cerca de sí la detonación de una pistola y se deslumbró con la luz de la pólvora; en seguida se sintió en el suelo recibiendo golpes en la cabeza y en el cuerpo.

Una patada que recibió en el estómago acabó de privarlo de conocimiento.

El ruido de los golpes y los gritos habían atraído ya al lugar del suceso á muchos de los concurrentes que salían del teatro; habían llegado dos guardas y la alarma se había difundido por las calles vecinas.

Ocurrió la autoridad, y dispuso que Pico fuese conducido á la cárcel, mientras que el que había provocado el lance fué detenido en la prefectura.

Pico volvió en sí al cabo de algún tiempo, y se sintió conducido en brazos de los guardas.

Lo primero en que pensó fué en Isolina, se puso á gritar suplicando que le permi-

tieran pasar al teatro, pidió que llamaran al empresario, pretendió desasirse de los que lo conducían; pero sus desesperados esfuerzos no sirvieron sino para agotar todas sus fuerzas volviéndose á quedar sin conocimiento.



CAPÍTULO II.

ISOLINA, LA COMADRE DE PICO Y EL DE LA CAPA.

APENAS habían transcurrido algunos minutos después de haber caído el telón, Isolina empezó á alarmarse por la tardanza de Pico; pero á medida que el tiempo transcurría, Isolina se ponía más y más inquieta.

—No tenga usted cuidado, mi alma, le decía la vieja; usted no conoce el teatro, el señor Pico ha tenido necesidad de ir á la contaduría por su diario y por el *voló de*